

BIBLIOTECA DE "EL MERCURIO"

OMER EMETH

LA

VIDA LITERARIA
EN CHILE

PRIMERA SERIE
1908-1909

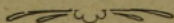
"EL MERCURIO"

Compañía N.º 1214

Santiago de Chile.

II.

PROSA POÉTICA



I. (Leonardo Penna). Ignacio Pérez Kallens

«Yo» (1907).

«Biblia Profana» (1908).

II. (Shade). Mariana Cox Stiven

«Remordimiento» (1909).





“Un Remordimiento”

A propósito de la obra que con este título acaba de publicar en Santiago la señora Mariana Cox-Stuven (Shade).—(1909).

La distinguida autora de *Un Remordimiento* no es de aquellas que pasan su vida predicando y á la vez eximiéndose de cumplir lo que predicán.

Hablando de los novelistas franceses, la señora Cox-Stuven dice: «Todos ellos, incluso el neo-católico Paul Bourget y cuantos adoptan el sistema de la novela para revelar su pensamiento, bacen de la literatura una obra inmoral, olvidando aquella inquebrantable ley de fisiología que asegura que: «el que aspira á vivir en la voluptuosidad de los sentidos, pierde la sensación voluptuosa». Si la tendencia humana es buscar ansiosamente el goce, ¿por qué los desencantados exploradores del alma íntima

del hombre, no revelan á quien espera de ellos algún bien, otra concepción del placer, alguna idea ó práctica más alta, más noble, más pura que esa cansada cuestión de amor?» (pág. 101).

Obedeciendo á su teoría, la autora de *Un Remordimiento* ha excluído de su novela «la cansada cuestión...»

Reprocharánselo muchos de sus lectores; no, por cierto, aquellos que conociendo su alma de artista, saben que su pluma puede, con solo quererlo, dar vida, color y movimiento á cualquier tema, sino esos que, en la literatura novelesca, buscan un eco de la vida íntima del autor ó un trasunto de los chismes á que suelen dar origen en los pueblos chicos los reales ó supuestos amores del vecindario.

Un Remordimiento nace de una fuente «más alta, más noble, más pura» que el amor, ó si se quiere, es manifestación de un «amor de alma», que no aspira «á vivir en la voluptuosidad de los sentidos...»

Es un cuadro en que dos almas se nos transparentan con claridad cristalina: una (un joven incrédulo) ostenta su agnosticismo, su materialismo, su nihilismo, y la otra, (una joven señora) en quien arde el fuego de todos los ideales y para quien Dios, la verdad, la belleza y el bien son focos concéntricos de luz esplendorosa, lucha por sembrar en la primera los gérmenes de su fe... de sus amores y esperanzas.

Error gravísimo sería el creer que *Un Remordimiento* pertenece á la literatura de propaganda apologética. Fáltanle para ello, entre otros ingredientes necesarios, la «empalagosa dulcedumbre» y el «cant» que distinguen á esa clase de productos manufacturados.

Un apologista le reprocharía precisamente esas faltas y procuraría convencer á la distinguida autora de que el título de *Remordimiento* sabe á excepticismo. (1)

(1) Veo con placer que no he sido el único en advertir el sabor á excepticismo á que aludo en estas líneas. «Iris» (*Mercurio*, Agosto 22, 1909) dice, comparando *Remordimiento* con el célebre retrato de «Monna Lisa»:

«El libro de la señora Cox-Stuven *Un Remordimiento*, me ha hecho la misma impresión que hiciera en mi alma el cuadro de la Gioconda visto en dos épocas diversas de mi vida. Cuando tenía yo quince años, la sonrisa enigmática y burlona de Monna Lisa me presentaba la vida como un sendero de rosas. Aquellos labios levemente picarescos me invitaban á vivir no sé qué voluptuosidades tiernas y deliciosas; el misterio de las pupilas en su misma profundidad me parecía una promesa de infinito... En aquella época durante muchas tardes cayeron las sombras en la sala del Museo del Louvre y yo permanecía ahí, clavada por la sugestión de una sonrisa joven y confiada... Todo eso era el reflejo de mis quince años...

.....

.....

Diez años después volví á colocarme ante la misma tela de la Gioconda, á la caída de una tarde cualquie-

Diríale quizá: Lograsteis sacudir el dogmatismo de vuestro incrédulo..... Despidióse el joven llevando en su alma una flecha ó, si prefe-

ra, creyendo encontrar la dulce emoción de mi primera juventud. El cuadro me pareció oscurecido, un pliegue de melancolía se había dibujado en las comisuras de la boca, un desencanto se reflejaba en las pupilas, y por vez primera reparé en el fondo desolado sobre el cual se destaca la figura... Ese fondo tempestuoso de tarde invernal se me presentaba por primera vez después de tantos años á que vivía interiorizada en el alma de esa mujer misteriosa... ó que por lo menos yo creía estarlo!

.....

«Idéntica impresión he recibido en el libro de la señora Cox-Stuven. Aquel espíritu de mujer, fresco, móvil, riquísimo, que yo admiraba con entusiasmo de amateur en conversaciones, en cartas íntimas, en artículos, ese espíritu «primesautier» que, cual la Monna Lisa de mis primeros años, me invitaba á tender el vuelo hacia la inmensidad de un horizonte infinito, hoy se me presenta en el libro que acaba de publicarse con un fondo de melancólico excepticismo, como si todas las rutas exploradas, como si todos los esfuerzos realizados no hubieran alcanzado más que el frío de la duda, la tristeza de un supremo desencanto!

Aquella criatura intuitiva y delicada que posee una asombrosa ductilidad para producir la belleza bajo todas las formas, desde su voz cálida que toma en el canto todos los matices de su espíritu y todos los apasionamientos de su corazón, hasta sus manos flexibles y firmes que saben arrancar del piano las varias melodías, interpretando á los genios del arte musical, pues

rís, un germen de fe..... ¿Por qué os remuerde el haberle quitado la tranquilidad de su joven ateísmo?..... Decís: «Yo experimentaba una es-

esta creatura de selección, en su libro, que no es más que el diálogo de su dualidad interior, nos muestra, también, un fondo de tristeza, que parece contener la interrogación suprema. Ella pregunta y no responde, investiga y no afirma, busca y no halla...

El esfuerzo de sinceridad que su libro denota, complace, por encima de todo.»

«A través de las disertaciones, de los juicios críticos que componen aquel diálogo, se descubre un fondo doloroso que es como la tela sobre la cual se han bordado tantas flores de ingenio y de belleza. De aquel canto á la vida surge siempre como el *leit motif* de una melodía, el desconsuelo de una alma atormentada... Aquella música nos embriaga, nos seduce, pero su cadencia lánguida y triste nos hace sentir el encanto fugaz de una cosa bella que se escapa... á pesar de nuestros esfuerzos para retenerla!

El alma de esa mujer tan exquisita que se ha aventurado en tantos caminos, que ha explorado tantas soledades, se siente triste, no halla la respuesta de sus anhelos inmensos, no está segura de la verdad de sus ideales. La vida de acá no la satisface y la vida de allá... se deja vislumbrar tan sólo, pero no se muestra en la absoluta fe de una creencia! Ella busca, está inquieta: *malgré moi l'infini me tourmente*, parece exclamar entre suspiros con el poeta del dolor... A lo que respondo con las palabras del Cristo del Misterio, de Pascal: *Tu ne me chercherais pas, si tu ne me possédais... Ne t'inquiète donc pas!»*

pecie de necesidad creciente y casi angustiosa, de que la idea divina naciera en aquella alma, que el sentimiento de la inmortalidad perpetuase sus ensueños y sus amores...» (pág. 80). Muy bien.....

Lo alcanzasteis ya ó lo alcanzaréis antes de mucho. ¿Por qué, pues, al final de vuestra novela decís: «Y el recuerdo de este suceso que acaso no ha tenido otro resultado que la horrible duda, el combate desgarrador de dos elementos, y la noción del dolor verdadero en un alma muy joven, pesa hoy todavía, después de tantos años, sobre mi alma como un remordimiento?...» (pág. 95). En verdad, estamos muy lejos de toda apologética.....

El lector que conozca los diálogos de Platón ó de Fenelón hallará, no lo dudamos, cierto sabor platónico á la novela que nos ocupa. Es visible, en efecto, que su autora es del número de aquellos espíritus en los cuales las imágenes, al brotar, presentan todos los colores de la realidad y de la vida, así como las ideas nacen en ellos revestidas de la forma artística que admiramos en el preceptor del duque de Borgoña y en el «divino Platón». Filósofo y poeta, sembrador de ideas que espontáneamente se visten de imágenes, y á la vez productor de imágenes que son gérmenes de ideas; hé ahí, en resumen, cómo concibo al espíritu creador de *Un Remordimiento*. Quisiera discutir sobre

cuál de los dos elementos, filosófico y poético, predomina en Shade. Mi opinión es que poesía y filosofía están de tal manera unidas en ella, que es imposible separarlas... Forman *cor unum et anima una*. (1)

Este libro, apesar de su pequeño volumen, es probablemente uno de los más sustanciales y sugestivos que se hayan publicado en Chile durante estos últimos años y permite augurar hermoso porvenir á la literatura de este país.

La escritora á quien lo debemos posee dotes absolutamente excepcionales que la colocan muy por encima de la generalidad de los escritores americanos. (2)

Entre esas cualidades eminentes hay dos que, por sí solas, son capaces de llevarla á la cúspide de la literatura y del arte: una espontaneidad asombrosa y una comunión fácil é íntima con la naturaleza.

Para Shade, escribir es vivir, ó como decía Marco-Aurelio hablando del genio: es «don de Júpiter, emanación de la naturaleza».....

Es fácil ver, en efecto, que ella piensa y escribe así como el pájaro vuela y canta, ó como la

(1) Ver en este libro además de *Un Remordimiento*, los capítulos «Fleur de Lotus», «Voces de la sombra», «Pescadores de Perlas».

(2) Todos conocemos en Chile sus notables artículos de crítica publicados en *El Mercurio* y *La Unión*.

abeja busca y allega su miel... Es un organismo intelectual quē, quiera ó no quiera, se alimenta con realidad, la asimila y la trabaja por medio de un mecanismo misterioso é irresistible, el cual, al fin, la devuelve trasformada en novela, en poesía, en filosofía, en crítica..... en una palabra, en arte.

Y en su afán de realidad, Shade acude siempre á la naturaleza. «Entre las más dulces horas de mi vida—dice la escritora—cuento aquellas demasiado breves que he vivido en el acorde universal; en que he comprendido los árboles, los insectos, las flores y las estrellas; horas en que se vive un momento de la Eternidad»; (pág. 107) horas—agregaremos nosotros—en que el «poeta en prosa» absorbe la realidad viva y la convierte en su propia substancia... (1).

De esa comunión con la naturaleza emanan el colorido, el vigor y, por decirlo todo en una palabra, el encanto del estilo que admiramos en *Un Remordimiento*.

No puedo citar aquí sino unas cuantas líneas; pero bastarán, según creo, para demostrar hasta qué punto Shade «ha comprendido las flores».

Describiendo un jardín en tiempo de prima-

(1) El mejor poema en prosa es en este libro el que lleva el título de «Moriturus». Ver igualmente una imitación de Leopardi intitulada «Sérénade».

vera, nuestro «poeta en prosa» dice: «La juventud del año veíase allí por todas partes; algunas flores respondían á mi interés con una sonrisa de oro... otras inclinaban dulcemente las campánulas de su cabeza, ó bien abrian admirables ojos azules... Las había que temblaban sin que un soplo de aire las rozase... esas eran blancas, con pétalos delicados como gasa. Luego innumerables labios abríanse, frescos y rosados, como un grupo de niños maravillados... y más allá se sentía la mirada de algunos ojos que levantaban penosamente pesadas pupilas de cera, y desde abajo miraban tristemente con sus párpados violeta... y más lejos veía flores que agitaban sus pétalos como mariposas que van á emprender el vuelo».....

«Yo vagaba todas las mañanas y todas las tardes por entre los rosales cargados de flores... veía las largas varillas floridas inclinarse las unas hacia las otras, bajo la brisa ligera, como corazones humanos movidos por una misteriosa simpatía»... (pág. 15-16).

Cuadros como este, los hay numerosos y ricos en este libro; pero no sé si no he de preferir, después de todo, los diminutos *tableautins* en que Shade parece concentrar un mundo de ideas y de visiones. Hé aquí uno: «La gota de agua que tiembla en las hojas del arbusto, es hermana de Sirio, el altivo planeta que brilla

en la dorada franja del cielo: todo se completa, todo se une y se comunica, visible ó invisiblemente, en la Naturaleza»... (pág. 109).

Lamento que la escasez de espacio y de tiempo me prive de analizar aquí la filosofía y agregaré: la teología, de este libro... Hay en él teorías y opiniones literarias que merecerían larga y detenida discusión. Quisiera, en particular, discutir el fallo que Shade pronuncia sobre Bourget, Maeterlink y Blasco Ibáñez. Pero hay que limitarse: *ne quid nimis*...

Digamos, sin embargo, que nuestra autora hace combinaciones filosóficas algo inesperadas (por no decir desesperadas), como cuando obliga á vivir unidas en el alma de «Ella», la filosofía de Hegel con el Cristianismo, llamando á la primera «dulce y tranquila filosofía»... (pág. 51).

Y, por fin, subrayemos otros dos calificativos, cuya reunión parecerá extraña á quien sepa la historia de Carlyle.

Este gran escritor es para Shade «el suavísimo y misterioso Carlyle»...

Bien podemos aceptar el misterio, la profundidad y aún la obscuridad del autor del «Sartor Resartus», de la «Revolución Francesa» y de Cromwell; pero no su suavidad... ¡No!... Mistress Carlyle protestaría desde su tumba!...

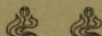
Suelen, en verdad, las abejas convertir en miel el néctar de todas las flores. No es, pues, extraño que una abeja chilena haya encontrado

suavidad en aquella hirsuta flor de cardo que se llamó Carlyle...

Creo, empero, que Shade imita á las abejas bíblicas, las cuales, para saborear miel en la boca de un león, hubieron de edificar en ella sus panales...

Sólo así puede decirse del león escocés lo que Sansón propuso como enigma á los Filisteos:

«Del fuerte salió dulzura»...





“Iris” y los Críticos de “Un Remordimiento”

La distinguida señora que firma en la prensa periódica con el hermoso pseudónimo «Iris» se dignó dedicarme un artículo que, con el título de «Remordimiento», se publicó en *El Mercurio* del 22 de Agosto último.

Si la gratitud, por sí sola, no me obligara á aprovecharlo en esta reseña de la VIDA LITERARIA en 1909, bastaría para obligarme á ello el alcance crítico de esas páginas, en que hallo confirmado y completado mi propio artículo sobre «Un Remordimiento».

Sólo reproduciré aquí la parte defensiva, que es, en mi concepto, la mejor respuesta dada hasta hoy á las críticas menudas que, cual nube de mosquitos, han procurado envolver al libro de la señora Cox-Stuven.

Dice «Iris»:

«¡Cuánto se han comentado alrededor de «Un

Remordimiento» los pequeños defectos de detalle, que en nada alteran la belleza del conjunto! Esos críticos que sólo ven las cosas insignificantes sin percibir las bellezas, me hacen pensar en cierta señora del gran mundo que, ante el más bello horizonte de esta tierra, visto á través del cristal de una ventana, sólo se ocupó en limpiar con su guante albo y fresco las empañaduras leves que los insectos dejaron en el vidrio, sin reparar un instante en el maravilloso paisaje que se desplegaba á nuestros ojos! ¡Cuántos críticos de la señora Cox-Stuven, de los que nunca han manejado pluma, sólo han visto, como la dama de mi recuerdo, las pequeñitas manchas que las moscas dejaron en el cristal de la visión de esa mujer que embellece todo lo que está al alcance de su espíritu! Asimismo se le ha reprochado como un crimen contra la lengua de Cervantes, los títulos, las frases ó las dedicatorias en idiomas extranjeros (1).

(1) Séame lícito confirmar esta opinión, recordando que lo reprochado á la autora de «Un Remordimiento» es pecado habitual en Inglaterra, Francia, Alemania é Italia, etc., esto es, en todos aquellos países europeos que cultivan no sólo su propia literatura actual, sino las literaturas antiguas y las modernas. Tómese, en prueba, un ejemplar cualquiera de la *Revue des Deux-Mondes*, de la *Quarterly Review* ó de la *Edinburgh*, y se verá que allí las citas latinas y aún griegas son fre-

En esa manera particular de sentir sólo han descubierto la más atrevida de las *poses*.

Yo estoy cierta que ningún artista de alma hará honradamente ese cargo, pues los pensamientos ó las emociones que se han concebido ó que se han sentido, quién sabe por qué atavismo ó extraño misterio de intimidad, en una lengua, no se pueden verter á otra sin cometer una profanación de la belleza. Conozco muchos de esos fenómenos que escapan al análisis, pero que se imponen de hecho, ya que en materia de arte no hay más verdad que la emoción propia. Tal persona nacida en país de habla castellana, escribe sus cartas íntimas en francés; tal otra lee el Evangelio ó reza en inglés. ¿Por qué? No lo sabemos; pero el hecho es que la intimidad las lleva á emplear otra lengua que la nativa (1).

cuentísimas y vienen, por lo general, sin traducción. Con mayor razón las francesas en revistas inglesas y éstas en aquéllas.—Es porque los autores de dichos artículos escriben para un público realmente ilustrado. En mi opinión, Shade escribió, ó pensó escribir, para lectores instruidos. Aquéllo explica ciertas críticas...—

O. E.

(1) Esta aparente singularidad (causa de grande admiración para tantas personas) es algo que sucede con mucha frecuencia fuera de Chile. Ultimamente publicaba la *Revue des Deux-Mondes* una novela escrita en francés (y en buen francés, por cierto), cuya autora es la conocida escritora italiana Dora Melegari, la cual

En todo caso es porque en ese idioma encuentran la expresión más adecuada de su alma.

De lo que estoy segura es de que ningún artista atenúa la belleza de una frase por temor á la crítica, pues no sería artista legítimo el que no sintiera que el arte prima por encima de todas las consideraciones.

Se ha solido reprochar á la autora la abundancia de las citas, pretendiendo que ese afán de erudición es otra forma de vanidad. ¿No encerrará más bien la modestia de dejar hablar á otros que expresan mejor que nosotros lo mismo que sentimos?

También se ha dicho por ahí, no sé dónde, que la señora Cox-Stuven se ha vestido con la sotana de un abate francés. (1) ¡Cuánto más le

prefiere á la lengua de D'Annunzio, que es la suya, la de Anatole France. Nadie atribuye esto *à pose*, sabiendo que igual cosa sucede en Rusia y los países eslavos en general.—(Ver: *Jean Dornis*: «Le Roman Italien Contemporain» p. 264). La *Revista argentina de Derecho, Historia y Letras* publicó en Junio último varias cartas en francés, escritas por una señora argentina en Buenos Aires sobre A. France. (Es cierto que dichas cartas eran francesas... de intención solamente. Pero el hecho de ser publicadas en primeras páginas de tan importante revista, confirma mi opinión.)—O. E.

(1) El abate aludido aquí es el finado Pbro. Carlos Perraud, hermano del Cardenal del mismo apellido muerto no há mucho Obispo de Autun y miembro de la Academia Francesa. El presbítero, muy conoci-

habría valido al abate adornarse con las perlas y con los encajes del estilo de la autora, que á ella trocar la gracia de su atavío por la rigidez de la túnica eclesiástica! Puede que hayan notado en el comentario de las «Siete Palabras», en «Aurora Boreal», cierta banalidad muy extraña en el estilo original y brillante de la autora; pero esa banalidad no creo que se deba atribuir á una imitación, sino más bien á que los textos evangélicos, á fuerza de ser comentados por personas que no perciben todo su alcance, llegan á parecernos desesperantes de vulgaridad, si no nos damos la pena de remontar á su origen, aplicándoles nuestra propia visión interior, en vez de aceptar otra que quizás queda debajo de nuestra facultad comprensiva y es incapaz, por lo tanto, de hablar á nuestra alma el lenguaje equivalente al grado de espiritualidad que poseemos.

Las faltas contra la Gramática que el libro tenga, no las he descubierto porque nunca he sido presentada á tan adusta persona.

No hay tampoco ningún derecho para exigir que las mujeres escriban conforme á las reglas, cuando se nos cierran las puertas de las acade-

do en Francia por sus dotes oratorias, publicó un Comentario sobre *las Siete Palabras* de Jesús Crucificado. A este libro alude «Iris» en las líneas anteriores. A propósito de «plagios», véase más abajo un artículo intitulado: «Imitadores y Plagiarios».—O. E.

mias; y si á eso se añade la deficiencia, por no decir la nulidad absoluta, de la educación que recibimos, queda de sobra demostrada la inferioridad de la mujer para realizar una obra cualquiera respecto del hombre que le lleva toda clase de ventajas (1).

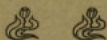
Además, la obra de arte necesita para producirse de una libertad que la mujer no puede tener por razones de su sexo y por las imposiciones sociales, que en este país son más fuertes que en parte alguna del mundo.

El hecho es que, con faltas más ó menos, con giros en francés, con títulos en latín, la señora Cox-Stuven ha escrito un bellissimo libro que nos descubre la vida interior y que nos hace penetrar al santuario inaccesible donde nuestros huéspedes, el joven pagano y la dama cristiana, pelean el gran combate cuyo triunfo definitivo ha de coronar la Fe, que no discute porque posee la plena luz de la Verdad...

IRIS.

Viña del Mar, Agosto de 1909.

(1) Muchos críticos masculinos, «aunque presentados á la Señora Gramática», no dejan de olvidarse de ella en lo mejor. Cuán oportuna es siempre la palabra evangélica, aún en cuestiones gramaticales: «El que de vosotros no tiene pecado, arroje la piedra el primero!...» Hay muchos farisaismos: el gramatical no es el menos pesado... (Ó. E.)





Anarquía crítica

A propósito de *Un Remordimiento*
y de los encontrados juicios por él
provocados.

Habent sua fata libelli.

HORACIO FLACCO.

Si en Roma tenían los «libritos» su suerte á veces tranquila, á veces agitada, es preciso confesar que, en Chile, *Remordimiento* ha tenido, no una suerte, sino muchas y muy variadas y hasta encontradas. *Habent sua fata...*

En ningún caso la crítica ha sido más anárquica que en este.

Si preguntamos, por ejemplo, á qué género literario pertenece *Remordimiento*, la crítica responde llamándolo ora novela, ora cuento, ora tesis filosófico-teológica. Entre esas tres opiniones, es difícil elegir. Parece, sin embargo, que tiene cada una de ellas algo de verdad y que lo más seguro sería combinarlas declarando que *Remordimiento* es una breve novela filosófica

con tendencias teológicas. Pero, ¿es esto muy seguro?... Los partidarios de la «tesis», empeñados en demostrar que en *Remordimiento* no hay novela, pueden valerse de argumentos no despreciables.

¿Hay, en efecto, novela sin amor? Nó, sin duda. Pues bien; en un hermoso artículo de *El Mercurio* leemos que «no hubo amor; positivamente no lo hubo: los diálogos son platónicos en el doble sentido de que son como una reminiscencia de los que escribió el filósofo griego, y que en ellos la pasión amorosa no entra para nada, si no es para examinarla en una mesa de disección, fría y cruelmente.» (C. S. (*Mercurio* del 19 de Junio).

A esta objeción de fondo hay que agregar otras que atañen principalmente á la forma.

«Esta novela que se introduce tan magníficamente, de modo casi maestro, y que se sostiene con firmeza en sus cuatro primeros capítulos, decae desde que comienza el diálogo entre el recién venido y la inteligente dama que lo hospeda en su poética mansión solariega.

Hasta ese momento se siente fluir por las páginas del libro un aliento cálido y perfumado; se ve, se dibuja, ó mejor dicho, se comienza á dibujar el escenario con líneas enérgicas y delicadísimas. Esta evocación queda inconclusa. Fuera del paisaje de cerros lejanos y del maravilloso jardín que está á espaldas de la casa,

no se sabe nada más. Vagamente se vislumbra que se trata de una espléndida casa de campo, porque se halla más adelante de un parque, al fondo del cual cruza un arroyuelo, y de una capilla en la que se oficia misa los domingos.

Y surgen interrogaciones por centenas, interrogaciones necesarias para la comprensión de la psicología íntima de los personajes y del libro entero: ¿de qué edad es la protagonista? Apenas sabemos que posee «la frente helada de la edad madura». ¿Cuál es su estado civil? ¿En compañía de quién vive en la solitaria mansión? Cualquiera que leyera *Un Remordimiento*, podría suponer, sin que nada lo contradijese, que él y ella permanecen solos completamente solos, en aquellas soledades.

Desde el momento en que comienzan á dialogar (¿en donde? en el jardín, en el salón ó en el comedor?), nada se vuelve á saber de la vida que debe de bullir alrededor.

Ni siquiera un gesto se adivina en esta larga, casi interminable conversación, cual si ambos permanecieran rígidos, inmóviles durante todo el tiempo. Al razonamiento de uno sigue el razonamiento del otro, y no hay más! ¡Si al menos tuviera el discurso vacilaciones, algunas de esas debilidades que a menudo dicen más que todos los refinamientos literarios!—Pero nó... ambos personajes se expresan con lenguaje impecable, sin la más ligera reticencia ó incoherencia. El

lenguaje de la vida tiene, apesar de ser aparentemente incompleto, admirable fuerza y vigor. Aparece lleno de coloridos y de imágenes; tan pronto se yergue como se abate con movimientos bruscos, felinos ó suaves, segun sea el carácter que lo expresa. Es por eso quizás, (por no imitar el lenguaje de la vida) que los diálogos de *Un Remordimiento* no alcanzan á herir ni al cerebro ni al corazón.

Si estos diálogos tuvieran el apoyo de la acción novelesca, de la trama, bien podrían quedar tal como están, sin desmedro para el conjunto. Pero ya lo he dicho: aquí no hay casi nada más fuera de ellos.

Una novela, y más aún, una novela tendenciosa, debe dar preferencia á la presentación de hechos, casos, conflictos, y después de ellos, razonamientos, palabras. Se puede prescindir de los últimos.

El escritor que no pueda presentar conflictos escriba mejor tratados científicos, de razón pura» (F. Santivan, *Mercurio* del 1.º de Julio.)

¿Qué es, pues, este libro?...

El distinguido crítico que poco ha nos hablaba del carácter platónico de los diálogos de «Remordimientos» agrega:

«Y cuanto dice él y cuanto ella responde, sus razonamientos elevadísimos y concertados como compases de un mismo canto, todo está tan enlazado y tan intimamente unido, que á

ratos no parece un diálogo, no parece el producto de dos entendimientos, sino el terrible duelo de dos tendencias dentro de una misma alma, en un mismo cerebro, que lucha, que sufre, que agarra todavía á lo que ama, sintiendo el inmenso desmoronamiento, el crugir de techos y columnas de su edificio espiritual.

De todo ello resulta un canto admirable á la vida interior, á la actividad de la mente que busca la verdad y que sólo se siente en quietud cuando ha creído alcanzarla... si es que alguna vez le está reservada en este mundo esa quietud á quien piensa y elabora dentro de su pensamiento un mundo agitado y sacudido sin cesar como una tierra sujeto á terremotos.» (C. S. V., *Mercurio* 19 de Junio).

«*Canto admirable á la vida interior...*»

A esta caracterización me atengo y en ella encuentro la razón á que he obedecido al clasificar esta obra, colocándola á medio camino entre la poesía propiamente dicha y la novela.

Cuanto á sus tendencias doctrinales, la anarquía de la crítica es aún mayor. Max Jara dice: «Talvez la narración tenga alguna intención tendenciosa, que, por lo demás, es difícil de advertir, ya que en *Remordimiento* todo es impreciso é incoloro».

A esto replica E. de la Barra Orella: «Un análisis frío y calculado encontraría talvez en esta obra un anhelo demasiado vivo de llevar lo que

la autora cree la verdad al espíritu del lector...»

¿A quien atenderemos? ¿Qué creeremos?

Oigamos una parábola:

«Se moria un viejecillo, excéptico, desencantado y algo cínico. A su lado, un amigo lleno de fe en lo sobrenatural y bien seguro de hallar en otra vida mejor una compensación á los dolores de la presente, le hablaba de Dios, de la religión cristiana, de sus esperanzas y consuelos.

En la lucha entablada, el creyente sacaba del fondo de su alma toda su teología y argumentaba:

—Si no tienes fe, debes pedirla, debes disponer tu voluntad, todas tus facultades para recibir este dón de Dios. La Fe es una gracia.

—Cierto—dijo el que se moría—hacemos mucha gracia en creer.

«Esta irreverente pero sincera exclamación se ha venido á mis labios después de leer el libro que acaba de publicar la señora Mariana Cox de Stuken con el título de *Un Remordimiento*, y especialmente después de saborear el delicioso diálogo socrático que dá su título al volumen». (C. S. V., *Mercurio* 19 de Junio).

Más abajo, el autor de la parábola agrega: «Y ante esa inquietante lucha de la duda y la fe, ante la fuerza serena de los argumentos del joven y la poética vaguedad de los de su amiga, malignamente nos asalta la respuesta del vie-

jecillo escéptico y cínico que moría dudando».

De nuevo pregunto: ¿quién acertó á decir la verdad objetiva? ¿Será «K.» quien, en la *Unión* del 4 de Julio, escribía: «*Un remordimiento*»... no es el diálogo de dos personas diferentes, que discuten los grandes problemas de la filosofía. Ese diálogo no es sino una manera artística y delicadísima de expresar el diálogo interior de una alma agitada por la duda. Expresa las reflexiones con que allá en el interior de sí misma se esfuerza en combatir las objeciones con que la incredulidad moderna trata de turbar los espíritus ligeros que le prestan oídos. Se ha dicho que el joven libre pensador, en ese diálogo de *Remordimiento*, aventaja á la joven creyente; que aquel dentro de sus ideas razona, mientras ella únicamente siente, como si la fe no tuviera razones ni fuera sino el fruto del sentimiento... Este ataque á fondo á Shade sería justo si fuera éste el verdadero fondo de ese libro. Su doctrina sería falsa como simple repetición del ya caduco modernismo; los católicos protestaríamos con razón contra semejante teoría inventada por nuestros enemigos, que ignoran en absoluto lo que es el acto de fe, y los fundamentos en que descansa.

Nó; Shade no ha escrito un diálogo, socrático ó platónico, como se ha dicho, un diálogo de tesis, nó; simplemente ha prestado oído á un diálogo íntimo, cuyo eco pudo escuchar en un

momento dado y lo escribió tal como en ese momento lo oyó; repite simplemente lo que oyó, y esto no lo hace suyo; no falla; cuenta sinceramente ese momento de lucha interior bajo una forma original, enteramente nueva, y literariamente primorosa.

Quien pretenda ver una intención apologética de Shade en el diálogo de *Remordimiento*, se engaña del todo,—no son tan deleznable los fundamentos de nuestra fe como los que avanza ahí la joven creyente, ni tan corto el brillante talento de la autora del libro; como se engañaría también, quien malignamente quisiera descubrir ahí, al contrario, embozados ataques á nuestra fe». (*Unión*, 4 de Julio).

Oh! anarquía!... ¿A quién creeremos? ¿Quién tiene las palabras de verdad?

Podría tan notable divergencia de los críticos prolongarse hasta el día del juicio, si el espacio de que dispongo me permitiría trascribir aquí los encontrados fallos que he podido coleccionar.

Baste con decir que, en ningún caso, he visto á la crítica contradecirse con tanta precisión como en este.

En algunos artículos déjase ver que, si á ciertos críticos jóvenes les sobra el «aplomo», fáltales en cambio la modestia y á uno que otro, aún la hidalguía.

Uno de ellos en particular (y porteño, por

más señas) parece empeñado en rebajar a *Remordimiento*, dando á entender que ese libro tiene por «causa real y efectiva la *Vanidad*» y declarando que este debiera ser su título.

¿No podría con igual razón decirse lo mismo de su crítica?... Y ¡qué psicología, la de aquel católico joven que, no satisfecho con juzgar la obra, juzga las intenciones del autor!

Esto no es crítica; es simple insolencia y falta total de hidalguía. ¿No fue Pio IX quien dijo: «Guerra á los errores; caridad á los que yerran?»

Sea de ello lo que fuere, creo que este breve examen de la anarquía crítica provocada por la publicación de *Remordimiento* me autoriza para continuar creyendo en lo que sobre ese libro dije en mi primer artículo. Mis colegas no me han convertido...

Para completar y adornar este resumen, transcribiré aquí el final de un artículo ya varias veces citado.

«Al pasar una tras otra las páginas de este libro, dice el Sr. C. S. V., yo olvido sus defectos de lenguaje, sus galicismos á veces tan atrevidos que parecen una traducción del francés y no una obra originalmente escrita en castellano, olvido sus faltas de lógica, olvido lo incompleto de muchas de sus disertaciones que hubiéramos deseado menos trucas. Olvido todo eso, porque del corazón de la obra, de su sentido íntimo, se desprende un perfume que ma-

rea y turba los sentidos, y no deja tranquilidad á la crítica. Y es ese sentido íntimo el que uno quisiera descifrar y el que en vano se empeña en definir á través de las formas misteriosas y veladas en que voluntariamente lo ha escondido el artista.

Hay entre los recuerdos de mi niñez un viejo jardín al cual entré muchas veces y que poblé con mis primeros sueños. Era un jardín que había sido cuidadosamente trazado en sus orígenes por un artista italiano que le había dado el encanto artificial de los jardines del Renacimiento, con sus rocas imitadas, sus juegos de agua y sorpresas ingenuas, sus bancos de marmol, sus arbustos recortados en forma de pájaros con grandes colas de abanico.

El viejo jardín estaba largo tiempo abandonado, y de la tierra fértil había nacido una vegetación rica y vigorosa, alimentada por el viento y los pájaros que traían semillas de la montaña vecina, y los cardos, las trepadoras, los retoños de árboles salvajes crecían por encima de las rocas artificiales, las enredaderas silvestres cubrían los bancos de marmol, los arbustos recortados perdían su forma y volvían á su ser natural, las gramíneas invadían los complicados juegos de agua y por el techo roto de una gruta artificial construida para producir sensación de misterio, el sol entraba ahora llenándolo todo de luz y de color.

El libro de la señora Cox-Stuven se me aparece como aquel viejo jardín y no sé por qué siento en él una lucha entre lo artificial, lo aprendido, y el espontáneo brote de un temperamento poderoso de artista literario.

¿Qué hacer? ¿Entrar con las podaderas en la mano para devolver su forma finjida á los arbustos, parchar las grutas y restablecer las ingenuas sorpresas de los elegantes juegos de agua, ó dejar que la tierra fértil reciba semillas del viento cambiante y de los pájaros cantores, y dé sus frutos y sea una selva fuerte y rica unida á la montaña que le envía sus aguas?»
(*Mercurio*, 19 de Junio de 1909.)

